



ADMIRABLE HISTORIA DEL REY
Casimiro de Irlanda, y la Princesa Enriqueta
su hija, y los dos Principes sus
pretendientes.

PRIMERA PARTE.

HA del supremo Palacio,
donde con luces perenes,
y con lucidos ardores
al Sol nacimiento ofrecen:
Ha del anchuroso espacio,
donde sus luces ardientes,
dando al Orbe claridades,
dán vigor à los vivientes:
Ha en fin del terrestre globo,
à quien la Esfera celeste
con tachonados diamantes
hace pavellon luciente:
oíd el mayor prodigio,
la historia mas eminente,
que con su trompa dorada

la fama en écos previene:
y asi voy à dár principio,
mi voz silencio previene.
En el horóscopo infausto,
en los años mas crueles,
quando indignados lo Cielos
por nuestras culpas crueles,
y en fin por la que Rodrigo
cometió atrevidamente,
permitió que el Agareno
à nuestra España le infeste,
poblando de medias Lunas
las Ciudades eminentes:
en aqueste infelíz tiempo
reynaba gloriosamente



en la poderosa Isla,
que mas la fama engrandece,
Irlanda en fin , cuyo nombre
es su alabanza luciente,
el mas poderoso Rey
que los Anales contienen,
Casimiro , tronco excelso
de los Batoris valientes.
En aqueste tiempo mismo
residian igualmente
en aquesta illustre Corte
dos Principes excelentes,
iguales en la nobleza,
y en Estados diferentes:
uno era el gran Sigismundo,
que de Moncada laureles,
por Conde de Barcelona,
coronan sus nobles sienes;
el otro era Don Enrico
Esforcia , tronco luciente,
que por Duque de Milán
le aclaman gloriosamente.
Estos dos Principes grandes
le asistian igualmente
al grande Rey Casimiro
en sus despachos prudentes.
Tenia el Rey una hija,
que es de la hermosura Fenix,
única dueña , y Señora
de quanto Irlanda contiene,
con que de toda la Europa
muchos Principes pretenden
de Enriqueta la hermosura,
que es el nombre que ella tiene,
mas vulgarmente la llaman,
mirando sus esquiveces,
la hermosa Dafne de Irlanda,
pues tan esquiva se ofrece
à Embajadas , y retratos,
y à los consejos prudentes

del grande Rey Casimiro
cuya prudencia lo siente.
Sigismundo , y Don Enrico
ambos iguales padecen,
pues cada uno pretendia
triunfar de sus esquiveces.
En fin con las persuaciones,
y rendimientos corteses
del Español Sigismundo,
se derritió aquella nieve,
que en el pecho de Enriqueta
tan constante se mantiene,
y derretida una vez,
prendió la llama en lo débil:
prendóse en fin de su gala,
y el rapáz Cupido ardiente,
mirando el blanco , le tira
una flecha , de tal suerte,
que el que era cristal elado,
se vé Mongivelo ardiente.
El Duque Enrique à este tiempo
padecia mil desdenes;
y como los despreciados
buscan soledades siempre,
del Palacio en los jardines
estabá entre unos laureles
su desgracia lamentando,
quando al mismo tiempo vienen
la Princesa , y Sigismundo,
y recatándose , advierte
que la Princesa le dice
al Conde de aquesta suerte:
Yá , Conde mio , has triunfado
de mis nobles altiveces,
y así rendida à tu gala,
no hayrá cosa que no intente
para esta noche te aguardo
al pie de esta hermosa fuente.
Se despide el Conde ufano,
fuese la Princesa alegre,

salió el Duque del retiro,
considerando en su mente,
còmo pudiera lograr
lo que la ocasion le ofrece;
y en fin, trazó allà en su idéa
lo que dié brevemente.
Fue al noble Rey Casimiro,
y le dice de esta suerte:
Alto, y poderoso Rey,
haz lo que mi voz advierte:
à Sigismundo Moncada
al punto esta noche prende,
que conviene à tu Corona,
y al Conde tambien conviene.
Admirado quedó el Rey;
pero no obstante prudente,
al Capitan de la guardia
mandó que en secreto fuese,
y que dentro de su quarto
al Conde heroyco prendiese.
Executóse al instante,
y el Duque à este tiempo fuese.
Y apenas tendió Latona
sus obscuras lobregueces,
quando à él baxó la Princesa,
y esperando que viniese
el dueño que su alma adora,
y de esperar impaciente,
como ignoraba la causa,
se congoja tristemente.
Pero à este tiempo el Duque
traydora, y fingidamente
entró en el jardin mostrando
ser el Conde, y brevemente
engañada la Princesa,
en sus gozos, y deleytes
en el jardin de las flores
gozó el Duque la mas fértil.
Y apenas el Alva hermosa
dió noticia de que viene

el Sol con sus claros rayos,
se despidieron corteses
aquella inocente rosa,
y aquel Sinon mas aleve,
y al despedirse le dice
la Princesa desta suerte:
Yá, Conde mio, y Señor,
que dueño del alma eres,
este diamante confirme
nuestra amistad eternamente.
Dióle un anillo costoso,
que el Duque guardó imprudēte.
Salió Febo con sus rayos
desterrando los tapetēs
de las sombras de Latona,
y el Rey cuidadoso siempre
mandó que llamen à el Duque;
el qual luego al punto viene,
y le pregunta la causa
para que al Conde prendiesen.
El le dixo, que sabia
cierto indubitablemente
que el Conde tenia aplazado
un desafio, y que este
havia sido el motivo
de decir que le prendiese,
y que yá su Magestad
podia darle libremente
libertad, que su cuidado
todo ajustado lo tiene.
Al instante mandó el Rey
que al Conde libertad diesen;
el qual estaba confuso,
y mas que todo impaciente
de vér que havia perdido
la ocasion que amor le ofrece.
Vino à Palacio, y el Rey
le recibió atentamente,
desvelandole la causa
de su prision muy y prudente.



A este tiempo la Princesa
salió cuidadosa à verle,
y à solas le dice: Dueño
de mi alma, di qué tienes,
que parece que tu rostro
muestras de pesar contiene?
Yá que esta noche logramos
nuestros cariños ardientes,
no eclipses con tu tristeza
los rayos que el alma adquiere.
El la responde: Señora,
qué dices, que no entiende
mi cuidado: di qué noche,
ò qué cariño previenes?
Asustada la Princesa,
le dice: Traydor aleve,
pues yá tan presto te olvidas
de la obligacion que tienes?
Examinarás mis furias,
como ingrato è insolente.
Fuese afrentada, y corrida,
y el Conde quedó de suerte
sin saberlo que le pasa,
que en confusiones parece
no sabe qué medio dár;
pero en efecto resuelve
el retirarse à su Estado,
donde llegó brevemente,

F I N

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta y Libreria de Andrés de
Sotos, calle de Bordadores, frente de San Ginés,
donde se hallará.

sin que el Rey, por mas que hizo,
esta partida impidiese.
El Duque à este mismo tiempo
pidiendo licencia, fuese
à Milan, donde le dexo
por contar lo que sucede
al Conde de Barcelona.
Llegó, donde de su Plebe,
de Nobles, y de Señores,
fue recibido igualmente;
y dentro de pocos dias
trató sus bodas alegre
con la hija del Almirante,
encanto de los vivientes,
cuyo nombre era Rosaura;
y en paz gustosos, y alegres
vivió cerca de ocho años
de Hymeneo en lazo fuerte.
Tuvo de esta dulce union
un hijo, que me parece
que Adonis pintó lo bello,
con que sus amores crecen.
Dexémos esta union dulce
entre cariños fervientes,
y en otra segunda parte
el Poeta dár pretende
nuevas de toda la historia
à el Auditorio prudente.



437
PROSIGUE LA ADMIRABLE HISTORIA
del Rey Casimiro de Irlanda, y la Princesa Enri-
queta su hija, y los dos Principes sus preten-
dientes.

SEGUNDA PARTE.

PUes prometí à mi Auditorio
en el primero Romance,
que remataría la historia
en esta segunda parte,
y que al Conde Segismundo
de Barcelona arrogante,
casado yá con Rosaura,
que era hija del Almirante,
dexé, teniendo gustosos
un hermosísimo Infante,
cuyo nombre es Filisberto,
siendo en hermosura un Angel:
dexemoslos entre dichas
gozando felicidades,
y vamos à Irlanda, donde
de su Princesa tan grande
era el dolor, y la pena,
que no basta à consolarle
ni musicas, ni festines,
saraos, toros, ni bayles;
antes se aumentan sus penas,
al paso que la persuaden;
y de su engaño llevada,
contra el Conde tanto esparce
sus iras, buscando modos
con que pudiese vengarse.
Fingió en efecto una carta
del Rey de Irlanda su Padre,
en que al Conde le decia,
que à su Reyno luego pase,
que ha menester su persona
para una consulta grande.
El Conde recibe el pliego,
y luego al instante hace
prevenciones muy costosas,

disponiendo su viage:
llevó consigo à su esposa,
y el hermosísimo Infante
quiso llevar, y estorvólo
el Amor del Almirante
su avuelo, no permitiendó
que Filisberso se embarque,
porque el corazon leal
anuncia fatalidades.
Llegó en fin el Conde à Irlanda
gozoso de su viage,
donde fue bien recibido
del Rey, y todos sus Grandes,
admirando de Rosaura
su belleza, y prendas grandes.
Llevarlo en fin à Palacio,
donde la Princesa sale,
y así que vido à Rosaura,
parece que en fuego arde,
y el corazon sufocado
no tuvo fuerzas bastantes
para resistir la llama
que dentro en su pecho arde,
y de un fatál accidente
cayó rendida al instante.
Alborotóse la Corte,
las Señoras, y los Grandes:
llevaronla en fin à el lecho,
y con medicinas grandes,
con bebidas, y reparos,
que sabios Medicos hacen,
en sí volvió tan confusa,
y con ansias tan mortales,
que puso temor su vida
à todos los circunstantes.



Mandó que se fuesen todos,
y que quede el Rey su padre,
que à solas quiere decirle
la causa de sus pesares.
A los dos los dexan solós,
y enternecido su Padre
la dice: Querida hija,
qué dolores te combaten?
qué pena tu corazon
tanto aflige, que nos hace
à todos temer tu vida?
Dimela, que en breve instante,
aunque sea un imposible,
vencerá mi amor constante.
Ella responde: Señor,
escuchame como padre,
no me escuches como Rey,
que tu mucho amor me hace,
confiada en tu cariño,
que contigo me declare.
El Conde, Señor, el Conde
de Barcelona inconstante,
quando en Irlanda aquel tiempo
era tu segundo Atlante,
con la palabra de esposo
gozó entre felicidades
mi casto honor, desluciendo
mis pundonores Reales:
huyó el traydor tanta deuda,
y ahora, por mas pesares,
ha buuelto à Irlanda casado:
esta pena me combate;
no siendo el Conde mi esposo,
no tienen vado mis males.
Esto dixo, y Casimiro
quedó en confusion tan grande:
no le responde à la hija,
sino del quarto se sale
sin saber lo que le pasa,
pero con prudencia grande
dos ancianos Consejeros
suyos llamó, y les dió parte
de su pena, y su dolor,

pidiendo le aconsejasen.
Despues de varios juicios,
lo que de consulta sale
es, que en su quarto al momento
al Conde le aprisionasen;
y el Rey escribió una carta,
que dice razones tales:
Conde, con breves renglones
de mi intento os daré parte:
si dáis la muerte à Rosaura,
os coronareis triunfante,
si no, serán las dos vidas
de mis rigores examens;
y pues no ignorais la causa,
aquesto que os digo baste.
Executóse lo dicho:
leyò el Conde sus pesares:
miraba à su dulce esposa,
y en lagrimas se deshace.
Y viendo Rosaura al Conde
entre congojas tan grandes,
le dice: Dueño, y Señor,
qué tristezas te combaten?
qué pena pudo alterar
tu corazon de diamante?
Viendo que no la responde,
al punto el papel le ase:
leyó los breves renglones,
y sin que se demudase,
le dice: Dueño querido,
no entendí yo que alterase
vuestro altivo corazon
cosa que tan poco vale;
no digo yo aquesta vida,
pero porque os coronasen,
dos mil vidas que tuviera
las diera luego al instante;
é hincandose de rodillas,
le dice: Qué aguardas? pase
vuestra Magestad este pecho,
y viva en felicidades,
goce la Princesa hermosa
y vuestros cariños afables.

Ay Filisberto del alma,
quien bastará à consolarte!
en el corazon te llevo!
Y estando en aqueste lance,
llegó la guardia del Rey
con orden de que llevasen
à Rosaura, y la vistiesen
en trage de hombre al instante,
y en una pequeña barca
à las olas la entregasen,
sin vela, timon, ni xarcia,
porque las ondas triunfasen
de aquella inocente vida:
rigor en extremo grande!
y el Conde sobresaltado
de tan crueles pesares,
con un mortal accidente
cayó en la tierra al instante.
Así estuvo doce horas:
volvió en sí, mas con tan grande
frenesí, que no bastaron
las medicinas suaves;
y en fin, tenido por loco,
era irrisión por las calles
de toda la injusta plebe,
siendo su tema constante:
Yo no gocé à la Princesa:
mal muera quien lo tal hace!
Dexémoslo en su desdicha,
mientras que puedo dár parte
de que Rosaura en la opaca,
sin temer à los combates
de las olas, ni los vientos,
surca los salòbres mares:
por disposicion Divina
permitió Dios, que llegase
à unas riberas, adonde
andaba à caza arrogante
el Gran Duque de Milán,
que viendo el prodigio grande,
mandò recoger la barca
donde hallando al joven, hace
que reparen su fortuna,

y luego à la Corte marchen:
y así que estuvo en la Corte,
que à su presencia la traen,
le pregunta que quien era,
de qué patria, ò de qué parte?
Y con cautela Rosaura
le dice razones tales:
Yo, Señor, soy Español,
de Barcelona la Grande:
mi padre era un Capitan,
que governaba una Nave:
à Irlanda, ibamos, y en medio
de aquesos salòbres mares
se levantò una borrasca,
y entre fieros uracanes
todos perdieron las vidas,
menos yo, que las piedades
de los Cielos en el bote
quisieron que me escapase.
Y aficionado à su gracia,
le mandò que se quedase
en su servicio unos dias
por su Secretario, ò Paje:
quedòse, y en poco tiempo
ganò su gracia constante,
tanto, que de sus secretos
era el archivo agradable.
Un dia, que estaban solos,
le dixo el Duque: Muy grande
fue la amistad que en Irlanda
tuve con el Conde afable
de Barcelona, y despues
de amor un estraño lance
nuestra amistad dividió;
bien que estuvo de mi parte
la cautela, y el engaño,
que aun hasta hoy no se sabe.
Contòle en fin à Rosaura
con razones muy cabales,
como gozò à la Princesa
la noche que dixè antes,
fingiendose ser el Conde,
y que le diò aquel diamante:

alabóselo Rosaura,
y él se lo ofreció al instante.
Tomò Rosaura el anillo
gustosa en aquesta parte;
y dentro de pocos dias
fingió carta de su madre,
en que le embia à llamar:
pidió licencia al instante,
y aunque el Duque lo sintió,
no fue posible negarle.
Se embarcò, donde la dexo,
por decir que el Almirante,
teniendo la infausta nueva,
mandò prevenir sus naves,
y en fin con treinta mil hombres
à Irlanda partiò à vengarse.
Temió Irlanda su poder,
y luego al punto diò parte
el Rey Casimiro al Duque
de Milán, que le ayudase.
Vino el Duque, y convinieron
en que al Conde le entregasen
à Filisberto su hijo,
que es el General que trae
esta poderosa Armada
por orden del Almirante.
Recogen en fin al Conde,
que anda por aquellas calles
loco, y perdido, y le entregan,
diciendo, que él solo pague,
por ser él solo la causa
de tan crecidos pesares.
Metieron al pobre Conde
entre prisiones muy grandes.
En este tiempo Rosaura
llegò à Barcelona, y sabe
de la Armada la partida,
y marchò à Irlanda al instante.
Llegò al campo de su hijo,
y una Esquadra vigilante,
discurriendo que era espía,
la prendieron al instante.
Metieronla con el Conde,

y quando vido en la carcel
entre yerros, y prisiones,
y entre tan grandes pesares,
al dueño que su alma adora,
hechos sus ojos dos mares,
le echò los brazos al cuello,
y se descubriò al instante.
Los guardas à Filisberto
dieron de este caso parte;
el qual vino luego al punto,
y conociendo à su madre,
entre abrazos, y entre llantos
celebran sus glorias grandes.
Mandò Rosaura, que al punto
al Rey de Irlanda llamasen,
y al Gran Duque de Milán,
porque conviene à las partes.
Vino el Rey, y vino el Duque,
y yá Rosaura en su trage,
descubriò toda la historia,
estando el Duque delante,
y la Princesa tambien,
que conociendo el diamante,
supo de cierto el engaño:
y el Duque todo constante,
dandola mano de esposo,
satisfizo sus pesares.
El Conde cobrò el juicio,
y entre alegrías muy grandes
fue Filisberto el padrino
de este desposorio grande.
De todos estos sucesos
dán noticia al Almirante;
el qual gustoso embiò
parabienes de su parte,
y con muy ricos presentes
Rosaura, y el Conde parten
con su hijo Filisberto
à Barcelona, y tan grandes
à su entrada son las fiestas,
que en los escritos no caben.
Y ahora pide el Poeta
perdon de sus yerros grandes.